

## AGENDA CIUDADANA

### LA GOBERNABILIDAD Y SUS ENEMIGOS

Lorenzo Meyer

**La Palabra.**- El discurso del poder es una de las muchas cosas que hoy están fallando en México. Y la falla se encuentra tanto en la forma -una notable pobreza en el lenguaje y en las ideas- como en el contenido -se abusa de las generalidades- y, finalmente, en la ausencia de correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace.

La experiencia histórica de Occidente demuestra una y otra vez, que en circunstancias políticas difíciles, el arte de persuadir por medio de la palabra es fundamental y a veces decisiva. A más de dos mil años de distancia, a Pericles se le sigue recordando menos por su capacidad como jefe militar y más por sus dotes de oratoria política. Marco Tulio Cicerón alcanzó la fama menos por su originalidad como político o pensador y más por su elocuencia ante el senado romano. Para Napoleón, la palabra exacta en proclamas y comunicados resultó ser, a veces, un recurso tan efectivo como las bayonetas. Y ya en nuestro propio siglo, Winston Churchill o Charles DeGaulle dominaron a la perfección el arte de apoyar decisiones difíciles con la oratoria justa. En México, de Morelos al subcomandante Marcos, hay ejemplos de discurso eficaz, donde la falta de recursos puede ser compensada por medio de la palabra y la congruencia.

Lo anterior viene a cuento justamente porque en una coyuntura tan incierta y peligrosa como la que hoy vivimos, quienes están al frente del gobierno han agravado la situación con un

**Discurso Pobre y Contraproducente.**- Lo peligroso de la circunstancia política es evidente. Se ha agotado ya una forma de hacer política basada en una presidencia sin contrapesos y en un partido de Estado. Es claro para cualquier observador el agotamiento de la actual fórmula política, pero aún sabemos que habrá de sustituirle.

Los problemas se acumulan y la salida aún no se encuentra. La economía es incapaz, ya no digamos de generar nuevos empleos, sino de sostener los existentes; la soberanía frente a los Estados Unidos se debilita; la falta de credibilidad en los procesos electorales -por fraudes y financiamiento ilegal- persiste; el diálogo político para la transición entre el gobierno y sus opositores se estanca; la lista de los asesinatos políticos aumenta; la penetración del narcotráfico en las instituciones se extiende. Y frente a todo esto, aparece un liderazgo sin experiencia y cuyo discurso linda en lo infantil e

**Inaceptable.**- En México se podría hacer una gruesa antología del discurso político absurdo. Desafortunadamente, en ella tendría que entrar el pronunciado por el presidente Ernesto Zedillo en el Estado de México el 24 de junio, a propósito del clima creado por la cadena de crímenes de naturaleza política que se han cometido en los últimos tiempos. Como se recordará, ahí se dijo: "Después de las cosas malas que nos han venido ocurriendo, empezamos a suponer que en México hay un pequeño grupo, muy pequeñito, de malosos... de malosos que quisieran que las cosas fueran como antaño".

Es verdad que el nivel de la cultura cívica mexicana no es el que sería de desear, pero sin duda no está tan bajo como el discurso presidencial supone. "Maloso" es un término coloquial que probablemente pudiera servir para explicar a un niño la dualidad entre personajes buenos y malos en que se apoya la estructura de un "spaghetti western". Sin embargo, ese término es pésimo en boca del presidente y para explicar asesinatos como el del magistrado Abraham Polo Uscanga, pues minimiza, trivializa, una situación muy delicada: la del imprevisible final del que fuera el régimen autoritario más predecible del Hemisferio Occidental.

Si se deja de lado la forma y se aborda la sustancia de la explicación, la cosa no mejora. Si es verdad que hay un grupo dispuesto a impedir el cambio político por medio de asesinatos espectaculares -incluido el del candidato presidencial del partido de Estado-, y si ese grupo, a pesar de ser "pequeñito", ya ha logrado afectar muy negativamente el proceso político y crear un clima de inestabilidad, eso significa que el gobierno está en una situación de notable debilidad y que, por tanto, se debe considerar la posibilidad de que, si no se reacciona con decisión, lleguemos a la

**Ingovernabilidad.**- No es México el único sistema político al que le está fallando la gobernabilidad, pues el temor de ser víctimas de ese mal existe hoy lo mismo en India que en Pakistán o en Venezuela. Y es precisamente a propósito de este último país, que el profesor Michael Coppedge nos dice en un libro reciente sobre el particular (Strong Parties and Lame Ducks:

Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela, Stanford, 1994), que la mejor manera de entender la ingobernabilidad, es analizar la relación entre actores estratégicos, es decir, entre intereses organizados con suficiente control sobre ciertos recursos de poder -medios de producción, organizaciones de masas, fuerza armada, autoridad moral o ideas e información- como para permitirles, si así conviene a sus intereses, alterar el orden público o afectar negativamente el desarrollo económico.

Para propósito de análisis de regímenes como el nuestro, los actores a los que se refiere Coppedge se pueden dividir en tres grandes categorías: a) gubernamentales, b) sociales (sindicatos, grupos empresariales o movimientos indígenas), c) intermediarios, es decir, esos que unen a la sociedad civil con el gobierno: los partidos.

La gobernabilidad puede ser democrática o no, pero en cualquier caso, es producto de la existencia de una relación básicamente estable entre esos actores estratégicos. Significa que hay una fórmula política más o menos aceptada por el conjunto y que es capaz de mantener bajo control sus inevitables contradicciones. En el caso mexicano, esa fórmula fue obviamente la que surgió de la Revolución, y que se puede resumir como presidencialismo autoritario. Pero esta fórmula se fue gastando como resultado de sus excesos -su corrupción sin freno-, de sus errores, de la evolución de la sociedad -su modernización-, y de los cambios en el entorno internacional, donde la fórmula democrática triunfó sobre el resto, que simplemente dejaron de ser alternativa.

Las sombras de la ingobernabilidad -que afortunadamente no es aún una realidad sino una posibilidad- obedecen a la resistencia de ese presidencialismo para haber aceptado a tiempo el tránsito a la democracia. A los responsables les

**Faltó Visión.**- En efecto, desde hace poco más de un cuarto de siglo, la fórmula política de presidencialismo sin contrapesos y partido de Estado, mostró su inviabilidad. Sin embargo, de Gustavo Díaz Ordaz a Ernesto Zedillo, los presidentes se han negado a confrontar ese hecho y a encabezar el cambio de manera ordenada, dentro de la gobernabilidad. Hoy, cuando el reemplazo de la fórmula es urgente, el gobierno mexicano se encuentra con que tiene muchos burócratas e intereses creados, pero que carece de estadistas.

Las elecciones en Chihuahua a principios de los ochenta o la aceptación de la demanda de democratización dentro del PRI que propusieron en 1987 los miembros de la Corriente Democrática, por citar un par de ejemplos, hubieran sido momentos menos difíciles que los actuales para dar principio a la obra de desmantelamiento de lo que hoy es ya el viejo régimen. Sin embargo, la inercia aunada a la falta de habilidad e imaginación y al exceso de ambición de poder bloquearon entonces los caminos del cambio. Hoy es necesario hacer lo que ayer se pospuso pero en condiciones más difíciles, pues ha aumentado la oposición de los

**Actores Estratégicos Antidemocráticos.**- El presidente Zedillo no quiso o no pudo identificarlos, pero ¿quienes pueden estar en contra de modificar la vieja fórmula autoritaria?. De los actores gubernamentales, hay varios candidatos. Para empezar

la alta burocracia -los tecnócratas de cuyo seno surgió el propio Ernesto Zedillo- que se ha apropiado del aparato estatal. De entre los actores sociales, destacan los señores del gran capital, personajes como el banquero Roberto Hernández, que en vísperas de las elecciones del 94 predijo un gran desastre económico si no volvía a triunfar el partido de siempre. El liderazgo de los sindicatos oficiales ya ha perdido mucho poder, pero su oposición al cambio democrático sigue tan firme como siempre. Entre los medios de información, el oligopolio televisivo destaca como defensor del *status quo*. Finalmente está el narcotráfico, que encuentra en la permanencia de los arreglos corruptos que se han hecho a la sombra del partido de Estado el ambiente más adecuado para prosperar. Y es justamente en ese partido, en el PRI, donde quizá se localiza el mayor obstáculo para llegar a la nueva fórmula que garantice la gobernabilidad de México al final del siglo: la democrática.

No sin dificultades y con muchos cambios, es posible imaginar que la alta burocracia o los sindicatos e incluso Televisa o los banqueros, pudieran encontrar su lugar en la fórmula democrática. Sin embargo, es imposible suponer que el PRI mismo pudiera sobrevivir a tamaño cambio. Ese partido nació, creció y maduró en un ambiente sin competencia y sin democracia. Por definición, la fórmula democrática cortaría la fuente de los privilegios de que disfrutaban los altos cuadros del PRI. En un sistema tan corrupto como el mexicano, el viejo monopolio sobre el poder vale oro. Sin la seguridad de la continuidad en el control de los centros de decisión del aparato estatal, un buen

grupo de notables priístas y sus allegados, perderían oportunidades que valen fortunas: contratos de todo tipo, sobornos, etcétera. Es más, sin el PRI al frente del Estado, muchas grandes fortunas perderían la protección de hoy gozan.

En resumen, los actores estratégicos interesados en impedir la transición democrática son muchos, pero sólo dos pueden llevar la lucha hasta el extremo de provocar la ingobernabilidad del sistema: el narcotráfico y los notables del partido de Estado, pues sin la red de intereses y protección que se formó a la sombra del monopolio del poder, pueden perderlo todo.